

# **Social liberalismo: la brújula rota de Fernando Henrique Cardoso**

Fiori, José Luiz

---

**José Luiz Fiori:** Doctor en Ciencia Política por la Universidad de San Pablo y profesor titular de la Universidad Federal de Río de Janeiro.

---

*Desde su nacimiento, pocos tienen dudas de que el plan Real, pese a su originalidad operativa, es heredero de la gran familia de planes estabilizadores discutidos en Washington. En este sentido, no fue concebido para elegir a Cardoso, sino más bien, invirtiendo el orden, su candidatura fue gestada por las élites dominantes para viabilizar en Brasil la coalición de poder capaz de dar sustentación y permanencia al programa de estabilización económica.*

1

John Galbraith publicó en 1990 un pequeño libro, extremadamente interesante, sobre la forma invariable que asumen la euforia y el pánico en los ciclos de especulación financiera que se suceden en la historia del capitalismo desde 1630 en Holanda, cuando el sorprendente objeto de valorización fue nada más ni nada menos que una flor, el tulipán. Durante casi una década, los holandeses creyeron que el precio de los tulipanes nunca dejaría de crecer. Y, de hecho, antes de que llegara la hora de la catástrofe, con la súbita y siempre inexplicable baja de los precios que lleva a los inversores al pánico y a las economías a largas depresiones, un tulipán llegó a valer en Amsterdam «lo mismo que un carruaje nuevo». Analizando aquel episodio de compra y venta de tulipanes, Galbraith revela las principales características que acompañarán, desde entonces, a todas las otras euforias y crisis financieras hasta la de la Bolsa de Valores de Nueva York en 1987 (y, agregaríamos, a la de México de fines de 1994).

En todos los casos, el éxito de la escalada especulativa se basó en la creación de una deuda garantizada por algún tiempo como «ancla» (que puede tener o no la forma de bienes tangibles) en la cual un número creciente de personas cree durante algún tiempo. Esta creencia masiva atribuyo, invariablemente, a la genialidad de algunos jóvenes financistas la capacidad de crear riqueza y felicidad masivas y duraderas. En la hora del éxito, la euforia siempre se protege acusando a los críticos de «catas-

trofistas». En la hora de la crisis y de pánico, mientras tanto, todos olvidan las advertencias y corren desesperadamente a librarse de su «producto mágico». Los genios han desaparecido y se busca algún responsable que encubra el «equivoco» de los mercados. Algunos se suicidan, pero en general los principales responsables apuestan su sobrevivencia al olvido que invariablemente cubre las grandes catástrofes financieras.

La gran novedad del plan de estabilización brasileño que sirvió para elegir a Fernando Henrique Cardoso no estuvo en la genialidad de sus jóvenes formuladores, que inventaron y entregaron al público un billete llamado «real», cuya sobrevaluación interna se asentaba en su capacidad de convencer a los inversores externos de que su valor seguiría en ascenso, o por lo menos, permanecería estable. Es perfectamente comprensible, en éste como en todos los demás casos históricos, la euforia que provocó en las grandes masas el hecho de disponer de un papel que (creían) valdría cada vez más: el real. Repentinamente, como en un truco de magia, el pueblo fue más pudiente y la clase media viajó al paraíso del consumo, mientras a los hombres del «business» se les garantizaba el negocio de las privatizaciones, junto con el mantenimiento de sus extraordinarias ganancias financieras. La gran novedad de este nuevo «caso» fue el uso intencional de una euforia financiera, inducida para la obtención de un resultado político electoral, la victoria de Cardoso en el primer turno de las elecciones presidenciales de octubre de 1994.

Sin embargo, como en todos los demás casos analizados por Galbraith, también en éste, a pesar de su aparente originalidad, una decisión repentina en algún punto del mercado (en este caso en México) desprendió el ancla en que se apoyó el éxito financiero y electoral que hizo felices a tantos consumidores durante algunos meses, y se hizo feliz a la derecha política brasileña por mucho más tiempo. Al completar sus primeros cien días, el gobierno de Cardoso se enfrenta, como consecuencia de ello, con un fenómeno de desencanto colectivo generado por la desvalorización de su «bono de felicidad». Como siempre, es a partir de este momento que los inversores y las personas comunes comienzan a comportarse según la expectativa de que el proceso de depreciación seguirá, en lo que tienen toda la razón.

Pero, en este caso, el problema planteado es algo más grave que el de la simple pérdida de dinero por parte de la masa de los crédulos. Como se trata de un fenómeno vinculado, político y financiero al mismo tiempo, sus consecuencias para el futuro del gobierno Cardoso serán mucho más complicadas. Esto se debe a que, junto con el fracaso financiero de esta osadísima invención política entra simultáneamente en crisis (o queda bajo sospecha) toda la estrategia de su gobierno. Ya se confronte a

ella en el corto plazo económico, perfectamente ortodoxo en relación a los programas de ajuste estructural vigentes en América Latina, hasta el momento en que se puso en evidencia el secreto mágico del éxito mexicano; o se la mida en el largo plazo socio-liberal, inspirado en la experiencia española y transformado (hasta la desastrosa entropía del gobierno de Felipe González) en la contribución original de los intelectuales modernizantes del Partido de la Social Democracia Brasileña (PSDB) a la coalición de centro derecha que Cardoso trajo consigo para el gobierno, en las alas de un episodio pasajero e inducido de euforia financiera, su Plan Real. Pero veamos esta historia por partes.

## 2

En enero de 1993, mucho antes de que México se volviera la pesadilla de los analistas de riesgo financiero, explicitando la crisis que asume hoy características calidoscópicas y globales, el Institute for International Economics, destacado *think tank* de Washington, con Fred Bergsten al frente, reunió a cerca de cien especialistas alrededor del documento elaborado por John Williamson («Search of a Manual for Technopols»), en un seminario internacional cuyo tema fue «The Political Economy of Policy Reform». Durante dos días de debates, funcionarios del gobierno, de los bancos multilaterales y de empresas privadas, junto con algunos académicos, discutieron con representantes de once países de Asia, Africa y América Latina sobre «las circunstancias más favorables y las reglas de acción que podrían ayudar a un *technopol* para obtener el apoyo político que le permitiera llevar a cabo con éxito» el programa de estabilización y de reforma económica que el propio Williamson, algunos años antes, había llamado «Washington Consensus».

La ilustrativa figura de lenguaje, hoy de dominio público internacional, se refiere a un plan único de ajuste de las economías periféricas, avalado por el FMI y el BIRD en más de sesenta países de todo el mundo, configurando una estrategia de homogeneización de las políticas económicas nacionales. En algunos casos, esta homogeneización fue operada directamente por los propios técnicos de esas agencias, como en gran parte de Africa (empezando por Somalia, a comienzos de los años 80); en otros, como por ejemplo en Bolivia, Polonia y la misma Rusia hasta poco tiempo atrás, con la ayuda de economistas universitarios norteamericanos; y, finalmente, en países con cuerpos burocráticos más estructurados, por lo que Williamson bautizó como *technopols*. es decir, economistas capaces de sumar al perfecto manejo de su *mainstream* (evidentemente neoclásico y ortodoxo) la capacidad política de aplicar en sus países la misma agenda del Consenso, como es o fue el caso, por ejemplo, de Pedro Aspe, Carlos Salinas y Ernesto Zedillo en México, de Lee Tenghui en Taiwan, de Domingo Cavallo en la Argentina, de Yegor

Gaidar en Rusia, de Manmohan Singh en la India, o inclusive Turgut Ozal en Turquía; y, a pesar de todo, de Zelia Cardoso de Mello y Antonio Kandir en Brasil, que continúan con Pedro Malan, Persio Arida, Edrnar Bacha y Gustavo Franco.

### 3

Este «nuevo colonialismo», como fue definido por la insospechable revista Newsweek (1/8/ 94), está fundamentado en un programa o estrategia secuencial de tres fases. La primera tiene como prioridad absoluta la obtención de un superávit fiscal primario, incluyendo invariablemente la revisión de las relaciones fiscales intergubernamentales y la reestructuración de los sistemas de previsión pública. La segunda se dedica a lo que el BM está llamando «reformas estructurales», es decir, la liberalización financiera y comercial, la desregulación de los mercados y la privatización de empresas estatales; la tercera etapa se define como la recuperación de las inversiones y del crecimiento económico.

Recorriendo la rueda del tiempo, es importante recordar que fue durante los años 80, luego del reiterado fracaso de las políticas monetaristas de estabilización, que se introdujo el «factor credibilidad» en los debates económicos como variable crucial para el éxito del combate antiinflacionario. Su consecuencia directa fue la canonización de una heterodoxia, la de la regulación del cambio o dolarización. Siguiendo esas pistas, más adelante, ya en los años 90, las nuevas evaluaciones pesimistas, tanto del FMI como del BIRD, subrayaron la importancia decisiva del «factor político» para el éxito o el fracaso de su programa económico. Esta nueva preocupación de los intelectuales o gestores del

Consenso de Washington explica no sólo la realización del seminario de Bergsten y Williamson, elevado a la categoría de «piedra fundamental del terna», como la presencia en él de los cien tístas políticos Joan Nelson y Stephan Haggard, responsables por uno de los más amplios estudios comparativos realizado sobre este asunto en los Estados Unidos.

### 4

En su documento introductorio, Williamson resume las preguntas e hipótesis centrales relativas a las dificultades propias de cada una de las etapas del plan y sobre las respuestas alternativas encontradas por los diferentes países. Así como reconoce los perversos efectos sociales y económicos de las medidas de austeridad y liberalización sobre las economías y poblaciones nacionales, el autor también entiende la lógica que hace difícil elegir y sostener un gobierno mínimamente estable en estas circunstancias. Partiendo de esas premisas, sugiere varias tácticas o artificios

políticos capaces de hacer que los electores acepten los desastres sociales provocados en todas partes por el programa neoliberal como transitorios o necesarios en función de un bien mayor y de largo plazo. Son consideradas como condiciones más favorables aquellas situaciones donde el programa consigue ser aplicado después de alguna gran catástrofe (guerra o hiperinflación), capaz de minar toda y cualquier resistencia, cuando los technopols consiguen enfrentar a una oposición desacreditada o desorganizada o cuando, además de esto, disponen de un liderazgo fuerte capaz de «aislarlos» de las demandas sociales. Todas estas condiciones, sin embargo, no dejaron de necesitar, en las diferentes situaciones conocidas, de la formación previa de una coalición de poder lo suficientemente fuerte como para aprovechar las circunstancias favorables y asumir, por un largo período de tiempo, el control de gobiernos apoyados por sólidas mayorías parlamentarias, consideradas indispensables para transmitir «credibilidad» a los actores que realmente interesan para la definición del argumento: los analistas de riesgos de las grandes empresas de consultoría financiera, responsables en última instancia por los movimientos de los capitales globalizados.

## 5

Desde su nacimiento, pocos tienen dudas de que el Plan Real, pese a su originalidad operacional, es heredero de la gran familia de los planes de estabilización discutidos en Washington. Su indudable relación genérica se manifiesta no solamente por haber sido formulado por un grupo pragmático de technopols, sino por su concepción estratégica de largo plazo (ajuste fiscal, reforma monetaria, liberalización comercial y financiera, desestabilización, apertura económica y recuperación del crecimiento), asociada umbilicalmente a un ambiente de condiciones de poder inalteradas durante un período prolongado de tiempo. Por eso, el Plan Real no fue concebido para elegir a Cardoso, sino más bien, invirtiendo el orden, su candidatura fue gestada por las elites dominantes para viabilizar en Brasilia coalición de poder capaz de dar sustentación y permanencia al programa de estabilización económica.

Electo Cardoso y apareciendo cada vez con mayor transparencia la vigorosa composición de fuerzas conservadoras de su alianza política (transparencia que parece incomodarlo crecientemente, dadas sus irritadas respuestas a los comentarios sobre su opción neoliberal), es motivo de continua sorpresa la recurrente confusión de los intelectuales que critican o justifican, emocional o ideológicamente, sus actuales preferencias políticas. Un error que no cometería el profesor Cardoso, lógico y realista, si no estuviera impedido de citarse a sí mismo y a aquello que explica mejor su racionalidad política: los propios ensayos sobre el

empresariado industrial y la naturaleza asociada y dependiente del capitalismo brasileño, fechados en los años 60. Ellos permiten entender y seguir de cerca, de manera perfectamente racional, el camino lógico que llevó a Cardoso a su posición en el ajedrez político ideológico brasileño, aunque contienen, al mismo tiempo, el libelo más duro, vehemente y esencial contra su propia opción.

## 6

De una forma resumida, el trabajo académico de Cardoso puede ser definido en su totalidad como una búsqueda incansable de «nexos científicos» entre los intereses y los objetivos planteados por las situaciones «histórico estructurales» y los posibles caminos que van siendo construidos políticamente por los grupos sociales y por sus coaliciones de poder en las sociedades concretas. En esta perspectiva, Cardoso fue uno de los pioneros en investigar y concluir, de manera implacable, ya en 1963, que «la burguesía industrial nacional estaba impedida, por motivos estructurales, para desempeñar el papel que la ideología nacional-populista le atribuía». Había optado por el orden, es decir, por la abdicación de una vez por todas del intento de hegemonía plena sobre la sociedad, conformándose con la condición de socio menor del capitalismo occidental. Esta constatación de Cardoso le permitió redescubrir precozmente en el empresariado brasileño una condición universal del capitalismo: la de poder asociarse, indiferentemente y según las circunstancias, con un discurso ideológico proteccionista o librecambista, estatista o antiestatista, obedeciendo sólo al interés de la libertad de movimientos del capital y de los desdoblamientos geoeconómicos y políticos de su continuada internacionalización. Este descubrimiento fue el responsable directo de su paso siguiente y más original: para Cardoso, si la condición periférica del capitalismo se definía tanto por la ausencia de moneda convertible como de capacidad endógena de progreso tecnológico, su «condición dependiente» se definía por la forma peculiar de asociación económica y política del empresariado nacional con los capitales internacionales y el Estado, el trípode de sustentación económica de la fase de «internacionalización del mercado interno» (en que las empresas multinacionales asumen el liderazgo en casi todos los sectores de punta, responsabilizándose por cerca de 40% del producto industrial del Brasil) y por un tipo de «industrialización asociada» tan viable como inevitable desde el punto de vista de la «burguesía industrial brasileña».

## 7

No sería difícil extender y actualizar este análisis de Cardoso a la nueva «situación estructural», definida por una internacionalización más avanzada o globalizada del capitalismo, asociada al aumento de nuestra «sensibilidad» interna a los cambios

de la economía mundial, especialmente porque la nueva realidad supera, pero no invalida lo que de esencial escribió Cardoso en los años 60 y 70. En este punto, a pesar de exhibir, en un artículo más o menos reciente («Reforma e Imaginações» Folha de Sao Paulo, 10/7/94) un exuberante materialismo y un determinismo histórico elevado al cubo, se muestra incapaz de comprender la nueva realidad cuando afirma que continúa «creyendo que la globalización de la economía existe como consecuencia de una nueva forma (hasta tecnológica) de producir». Su comprensión concreta de los hechos ignora sorprendentemente las dimensiones políticas o de poder, tanto en el proceso de globalización como en el apoyo o convicción sobre la irrefutabilidad de un nuevo orden. Critica como «regresiva» o como «ideas carentes de sentido práctico» cualquier resistencia conceptual al modelo dominante. Descalifica como «artificialismo o estereotipos conspirativos» la hipótesis de que existan conexiones políticas alrededor del llamado «nuevo colonialismo». Condiciona, literalmente, las posibilidades de gobernabilidad, teniendo en cuenta el «imperativo de la reforma del Estado» y el objetivo de una «socialdemocracia capaz de reducir las desigualdades de una sociedad de masas», a la adopción de una política realista y posible de estabilización uniformadora.

Finalmente, se niega a admitir su obvia conversión a la derecha, intentando racionalizar especialmente al núcleo más duro de su coalición, el Partido del Frente Liberal (PFL) , heredero principal del régimen militar; éste, según Cardoso, se habría liberado de un pasado en extinción y ya no sería el representante mayor del clientelismo tradicional.

## 8

La cuestión central es que, al contrario de lo que piensa el actual presidente, la globalización de la economía no existe solamente como consecuencia de una nueva forma (hasta tecnológica) de producir. La globalización, a pesar de ser un neologismo poco preciso, indica un proceso de transformaciones cuyos orígenes y consecuencias son mucho más complejos precisamente por causa de sus múltiples dimensiones no económicas. En verdad, se trata más de un desafío que de una solución, en la medida en que se constituye en un intrincado proceso de decisiones privadas y públicas tomadas en la forma de sucesivos e inacabados desafíos y ajustes. En este sentido, la globalización se muestra, creciente y simultáneamente, como una realidad política, cultural y económica que nació por detrás de los productores y de los gobiernos, pero que también es el resultado de decisiones políticas y económicas tomadas, de forma cada vez más concentrada, por algunos oligopolios y bancos globales y algunos pocos gobiernos nacionales. En síntesis, no se trata apenas de un proceso de innovación tecnológica, de evolución competitiva

de los mercados. Pero parece que los liberales por razones obvias, y algunos de los antiguos estructuralistas e izquierdistas traumatizados (y por eso mismo ofuscados), tienen enorme dificultad para asimilar la importancia de los factores políticos en el origen y trayectoria inacabada de este proceso de mutación del capitalismo.

## 9

Por eso creemos, al contrario de lo que piensa la mayoría, que Cardoso dice la verdad cuando proclama que en ningún momento reniega de su análisis sociológico. En verdad, él hizo una nueva opción ético-política cuando abandonó su idealismo reformista para acompañar el movimiento de su antiguo objeto de estudio, el empresariado brasileño, asumiendo simultáneamente como un hecho irrefutable las actuales relaciones de poder y dependencia internacionales. Después de dos décadas de vida política abdica de los «nexos científicos» de la historia brasileña para proponerse como condolero de su burguesía industrial capaz de reconducirla a su destino manifiesto de socia menor y dependiente del mismo capitalismo asociado, ahora renovado por la tercera revolución tecnológica y por la globalización financiera.

No es del todo improbable, sin embargo, que el sufrido abandono de sus posiciones idealistas y reformistas anteriores (sufrimiento expresado por su frecuente incomodidad cuando es llamado neoliberal o por su irritación cuando se nombra el tema) provenga menos de convicciones derechistas que una hasta ahora inimaginable ingenuidad, producto de un aún más inimaginable equívoco de evaluación del proceso, o inclusive del contenido ideológico, transformador y programático del que fue siempre el gran modelo orientador de su trayectoria política: la social-democracia de Felipe González. Cardoso quizás creyera en la combinación infalible de su capacidad de prestidigitación política con la convicción materialista de la inevitabilidad histórica, emuladora de la autosuficiencia que permitiría no pasar por las etapas de nivelación «a la» México o Argentina, antes de llegar a España. En este sentido, para ejercitar una reflexión sobre el futuro de Cardoso es tanto o más importante conocer la trayectoria de la «social-democracia real» española como los acontecimientos recientes de México. Una vez más, todo indica que el presidente brasileño se equivoca tanto en su visión idealizada de lo que fue y continúa siendo España como en su sorprendida y confusa reacción frente al cuadro mexicano.



**10**

Hoy, pasados más de 12 años de la decantada experiencia de pacto social bajo la batuta del "socialista" Felipe González, se puede afirmar con grado razonable de certidumbre que, desde el punto de vista de sus políticas y consecuencias, el «social liberalismo real» emblemático de España es indistinguible del neoliberalismo emblemático de la Gran Bretaña de Margaret Thatcher. El saldo de la socialdemocracia española es de romper corazones. Si tomamos el Pacto de la Moncloa como referencia, el pseudo «milagro español» se resume, en términos cronológicos, a la suma de 12 años de recesión (1973-85) y 4 de crecimiento (1986-90). Ocho y cuatro años, respectivamente, en la era González, que tuvo tres ministros de economía con un objetivo común, jerarquizador de todos los demás: la reducción de la inflación, siendo delegada la fase de la recuperación del crecimiento casi exclusivamente al dinamismo del mercado y de los capitales privados nacionales e internacionales. Así, entre 1982 y 1986, la ortodoxia dominante imponía la desvalorización cambiaria, altas tasas de interés, congelamiento salarial y austeridad fiscal y monetaria. Y todo fue hecho de forma tan rigurosa que la recesión se prolongó hasta 1987, cuando la inflación cedía lentamente.

La entrada de España en el Mercado Común Europeo, en 1986, y en el Sistema Monetario Europeo (SME), en 1989, reorientó la estrategia político-económica de González en dirección a la nueva ortodoxia global: apertura y desregulación de la economía. Estas medidas, combinadas con la política de intereses altos (destinada a mantener el valor de la peseta), provocaron una sobrevalorización cambiaria, responsable por el creciente déficit comercial español, el cual fue financiado con la importación de capitales de corto y largo plazo, atraídos por los intereses extremadamente elevados en relación a la media de la CEE. Este cuadro de desequilibrio externo empeoró aún más con la entrada de España en el SME, el equivalente a la dolarización brasileña o de otros países de la región. Como efecto de las decisiones tomadas por la CEE en Maastricht, España adopta en 1992 un Plan de Convergencia que agrega a la meta de la estabilización (nunca alcanzada de forma satisfactoria) las nuevas tesis ortodoxas: reformas estructurales del mercado de trabajo y de la seguridad social, sumadas a la desregulación, liberalización y reducción del sector público.

**11**

¿Qué dejó como enseñanza el crecimiento económico acelerado vivido por España entre 1986 y 1990? En primer lugar, es necesario aclarar que fue obra, sobre todo, del «efecto entrada» en el MCE y de la consiguiente explosión de la inversión

externa. Entre 1986 y 1990 entraron en España 10.000 millones de pesetas, diez veces más que en el quinquenio anterior. El 30% de ese total fue aplicado a la compra de empresas locales; el 58% en inversiones de cartera de acciones, obligaciones y deuda pública en Bolsa; y el resto fue destinado, básicamente, a la compra de inmuebles. Son datos que reflejan el carácter especulativo que asumió y mantiene este flujo de capitales.

Este proceso revalorizó a los activos reales y financieros, aumentó la riqueza personal de sus detentores y multiplicó el precio de las viviendas urbanas, pero estimuló poco las actividades capaces de generar un progreso económico duradero y estable. Esto se debió, en gran parte, a que el social liberalismo de González rechazó terminantemente cualquier política industrial. En este período, España fue el país europeo que, después de Luxemburgo, gastó menos en la formación de recursos humanos, alrededor de 0,08% de su PBI, al mismo tiempo que su inversión en investigación y desarrollo no superaba la media de 0,68% del PBI, tasa sólo más elevada que la de Portugal. De esta manera, se puede afirmar que fue de hecho el mercado quien promovió la transformación estructural de la economía, pero en un sentido opuesto al que anunciara el social liberalismo teórico y del que hizo alarde el marketing de la «reestructuración industrial».

Los números muestran que España dejó de poseer una economía industrial. Durante este período (y aceleradamente en los años 80-90), la participación industrial en el PBI español cayó de 32,9% para 24,2%, empleando apenas 27% de la PEA. La participación de los servicios creció de 47% a 63%, empleando hoy alrededor del 60% de esa población. La industria que quedó se divide, como en experiencias análogas y posteriores, entre pequeñas y medianas empresas, responsables por cerca de 90% del producto industrial y un núcleo dinámico de multinacionales, responsables por la mayor parte de las exportaciones. Según datos publicados por *The Economist* (octubre de 1994), España fue el país de la OCDE que vendió más empresas a extranjeros en el período 89-93, ya que, a medida que la economía se fue abriendo, los capitales españoles migraron hacia el sector de servicios.

El problema que los social liberales no pueden ver ni enfrentar es exactamente que ese modelo que viene provocando la desindustrialización de España sin la conquista de una mayor competitividad es parte esencial de la estrategia adoptada por el gobierno de González, como también es la parte sobreentendida en la lógica expansiva del plan de Cardoso. Ya no hay muchos secretos en ese círculo vicioso. España fue pionera y conúnia prisionera, desde hace más de una década, de esa

trampa ortodoxa. Lo que el social liberalismo español deja como enseñanza a los «tucanes» brasileños (léase socialdemócratas) es que, en esa estrategia, la estabilización no llegará a los niveles capaces de detener la desindustrialización y la desnacionalización. Y además que el noble ajuste macroeconómico, con «racionalización» del trabajo, ocurrido en los primeros años de las décadas de 1980-90, fue incapaz de dar mayor competitividad internacional a una economía bloqueada por las altas tasas de interés y por la sobrevalorización cambiaria.

## 12

Este extenso periplo por la trayectoria del «social liberalismo real» sirve para demostrar que el embrión del actual padrón hegemónico viene de lejos y que ya vistió muchos ropajes, así como para poner en evidencia que, desde el punto de vista de su estrategia personal de poder, Cardoso se ha mostrado como un discípulo aplicado y riguroso de González. Se anticipó apenas en un punto: es un aliado con la derecha desde el comienzo, gracias a su talento de prestidigitador. Esto ha llevado a uno de los cardenales del conservadurismo brasileño, el senador bahiano y líder incontestado del PFL, Antonio Carlos Magalhaes, a reír con placer sarcástico, frente al coro de las Penélope de Cardoso, que ellas lloran por alguien que nunca existió: «Por detrás del brillante sociólogo marxista -afirma el senador- siempre existió un hombre elísta y de derecha». Cardoso quería llegar directamente al nivel de la idealizada y seductora elite de technopols socialistas comandada por González sin pasar por la experiencia cucaracha mexicana, sublimando el hecho de que, con excepción de la pompa, la receta era esencialmente la misma.

## 13

Pero las irresistibles emanaciones de Washington y la necesaria etapa de prosecución de la con fiabilidad internacional, parte fundamental de su estrategia de poder, exigían que se profiriesen los a la gloria de Carlos Salinas de Gortari.

Así, tanto en los pronunciamientos centrales de su trayectoria, como en el discurso de despedida del Senado Federal, México y, en menor medida, la Argentina eran elevados a la posición de ejemplos del éxito posible. Después de todo, México había aplicado hasta el paroxismo todo el recetario de la «credibilidad», estaba hermanado en el bloque de América del Norte y tenía un gobierno de partido único desde hacía más de 60 años, lo que lo convertía en la niña mimada de todos los analistas de riesgo de los países «emergentes».

Sin embargo, lo que veía la comunidad technopol era un castillo de naipes construido sobre una base movediza. El colapso mexicano corresponde a una crónica de muerte anunciada, en la cual las mismas variables consagradas como razón del éxito del programa de estabilización (total desregulación financiera, sobrevalorización cambial controlada -régimen de banda corta-, apertura comercial absoluta y déficit en cuenta corriente externa del 8,5% del PBI, suficientemente alto según recomienda el recetario del nuevo orden globalizante) son crucificadas como causa mortis. En verdad, México ya estaba agonizante social y políticamente (Chiapas no es producto de la nada) en el envión de la llamada «burbuja de prosperidad» o «visita de salud» efímeramente proporcionada por el modelo de estabilización económica. Las estadísticas y la realidad estaban de espaldas. El colapso era cuestión de tiempo. Pero ni los intelectuales del Consenso de Washington ni nuestros social liberales pragmáticos fueron capaces de reconocerlo a tiempo.

#### 14

Ahora, ya de regreso, el punto final del sueño mexicano condicionará inevitablemente la marcha de todos los programas de ajuste en el corto, medio y largo plazo, incluyendo al brasileño. Esto será así a pesar del esfuerzo hasta comprensible de los formadores de opinión para tratar de convencer a los analistas de riesgo de que, aunque sus programas de estabilización sean hermanos siameses, sus países son diferentes: México no es Brasil, así como Brasil no es España, España no es México y viceversa. Desde el centro nervioso y decisivo del Consenso, la orientación viene en el sentido de precipitación de los ajustes; el retroceso ahora sería un verdadero desastre. En este sentido, llega a ser conmovedor el empeño de Camdessus al afirmar que no hay salida, a no ser «avanzar o avanzar». En el Brasil, Cardoso y sus technopols ya no quieren más ser México o España, pero indican que comprendieron el mensaje de Camdessus y siguen en manada hacia la aceleración de los plazos para la realización de las «reformas estructurales». Lo que en México fue hecho en trece años debe ser hecho en dos en Brasil, en nombre de la «credibilidad».

#### 15

En el momento en que escribimos estas líneas, sin embargo, una discretísima manifestación desafina con la retumbante sinfonía neo-liberal, trayendo un pequeño aliento para aquellos que creen que la historia está lejos de tener un final. En el auditorio de la CEP AL, donde trabajó durante su exilio chileno, Cardoso reconoció (febrero de 1995) «la arrogancia, la falta de sensibilidad, dimensión política y ausencia de comprensión por parte del FM de lo que son nuestras democracias, de

los valores y creencias de nuestra sociedad». Lejos de la retórica, mientras tanto, en el plano de las acciones concretas, su gobierno, al completar sus primeros cien días, parece paralizado frente al desmontaje de su milagro y cada vez más cercado por el desencanto de los que creyeron en la «realmanía», como los holandeses del siglo XVII creyeron en la «tulipán-manía». El gobierno no puede salir «de las cuerdas», y solamente reacciona frente a una agenda que se le va imponiendo. Si la crisis mexicana desorientó su corto plazo, al desmontar las bases y perspectivas de su programa de estabilización, construido rigurosamente según el molde del Consenso de Washington, la entropía del social liberalismo español le destruye su legitimidad socialdemócrata y, por lo tanto, su horizonte utópico de largo plazo.

Traducción: Héclor Alimonda